

¿CÓMO TRABAJAR PARA PROMOVER LA FORMACIÓN HUMANA DE LOS PROFESORES? La experiencia de Escuela Itinerante.

Sobre los orígenes y algunas de las características de la investigación
que venimos realizando en *Escuela Itinerante*

La actividad-eje del proyecto Escuela Itinerante es la reunión de dos horas que tenemos cada dos semanas, en las que quienes participamos compartimos las preocupaciones más hondas que estamos viviendo en ese momento en las actividades que desplegamos diariamente -en el trabajo, en la familia, con amistades, ...-, y lo que hemos hecho para atender a estas preocupaciones.

El gran desafío en estas reuniones para quienes estamos escuchando cada relato ha sido siempre poderlo hacer sin que los prejuicios e ideas preconcebidas que todos tenemos siempre en la mente nos impidan lograr una verdadera **comprensión** de lo que la persona que comparte sus preocupaciones está viviendo en su mundo interno. La experiencia de varios años nos ha ido demostrando que, cuando se logra esta comprensión, este ejercicio se convierte en un proceso profundamente sanador, tanto para la persona que expone lo suyo como para quienes logran escuchar libres de prejuicios y condicionamientos. Y, como complemento a este compartir, poco a poco hemos ido desarrollando la capacidad individual y colectiva para que los relatos que compartimos verbalmente vayan quedando escritos en unos textos testimoniales que divulgamos en distintas formas. Este ejercicio de escribir ha traído consigo un aprendizaje muy profundo y benéfico: hemos comprobado el inmenso valor formativo que estos textos tienen, tanto para la persona que los escribe como para quienes posteriormente los leen.

Uno de los efectos más impactantes y sorprendentes para nosotros ha sido constatar que con un trabajo colectivo en apariencia tan sencillo se puedan lograr resultados tan profundos y tan inmediatos. Pero digo 'en apariencia' porque todos los cogestores de este proyecto sabemos que la clave para que estos resultados se hayan dado ha sido haber comprendido y practicado que el primer 'objeto' de investigación en todo momento tenemos que ser siempre nosotros mismos como personas. Y esta investigación es la labor más compleja y difícil para cualquier persona en nuestra cultura.

Las experiencias que vivimos con aquellos estudiantes que nos plantean los desafíos más difíciles nos han ayudado a descubrir que en cada uno de esos estudiantes tenemos las oportunidades más valiosas para avanzar en el conocimiento de nosotros mismos, es decir, para identificar *en la práctica* cuáles son los prejuicios y los condicionamientos mentales que nos cierran las puertas a la comprensión del otro y generan en nosotros la intolerancia y la rabia que nos llevan a adoptar una actitud ética equivocada y dañina, que entre nosotros hemos denominado la *ética de juzgar-para-castigar*.

Ya sabemos que para que esta investigación sobre nosotros mismos produzca las transformaciones internas que se requieren para comprender al otro, tenemos que realizarla siempre en el momento mismo en que estamos experimentando la intolerancia y la irritación que siempre acompañan a la incompreensión. La difícil tarea que tenemos que cumplir como docentes en esos 'momentos álgidos' de intolerancia e irritación es poder practicar una nueva actitud ética que en *Escuela Itinerante* hemos denominado la *ética de escuchar-para-comprender*. Este es el compromiso más importante y más difícil que cada uno de nosotros tiene consigo mismo porque ya hemos comprobado una y otra vez que

cuando logramos practicar esta nueva ética las actitudes de los/as estudiantes más problemáticos se transforman casi instantáneamente, y por lo tanto se transforma también nuestra relación con ellos/as. Cuando un estudiante se siente auténtica y profundamente comprendido, su vida cambia a partir de ese instante. Una de nuestras colegas-profesoras describe así este compromiso en uno de sus testimonios:

La experiencia me ha enseñado que siempre que encontramos un niño con características particularmente difíciles quiere decir que algo serio está pasando en su vida. Y yo ya sé que detrás de todo su comportamiento tiene que haber algo que yo debo descubrir para poder comprender sus acciones.

Todas nuestras experiencias en *Escuela Itinerante* nos han permitido ver que nuestras relaciones con los estudiantes más complejos sólo se sanan en la medida que logramos las transformaciones internas que se requieren para poder escucharlos-y-comprenderlos. Y esto nos ha mostrado algo paradójico: que sólo cuando los problemas que enfrentamos con cada estudiante se comienzan a resolver podemos afirmar con certeza que las transformaciones que hemos logrado en nosotros mismos son las que se requieren para poderle prestar el apoyo y la compañía que él necesita para poder resolver los problemas propios que sólo él puede resolver.

En la investigación social convencional que yo mismo realicé durante casi diez años como economista con comunidades rurales muy pobres y vulnerables, siempre tuve que mantener una separación tajante entre el 'sujeto' que investiga -que era yo- y el 'objeto' investigado -que era cada comunidad-. Esta separación conllevaba necesariamente otras dos separaciones: una era entre los investigadores que producen el conocimiento y los agentes sociales que posteriormente deben utilizarlo, y la otra entre los que producen y los que usan el conocimiento por un lado, y por el otro las comunidades que, como 'objetos' que son de la investigación no participan en ella, son también, paradójicamente, las que se ven más directa y profundamente afectadas en su vida cotidiana por el uso que se haga de estos conocimientos. Todas esas investigaciones me mostraron que tales separaciones hacen muy difícil -y en muchos casos imposible- que el uso del conocimiento que resulta de las investigaciones sociales contribuya efectivamente a la solución de los problemas reales que viven las comunidades 'investigadas'.

Hoy, después de más de cinco años de trabajo como uno de los cogestores de *Escuela Itinerante* veo que quizás el logro más extraordinario de toda esta maravillosa experiencia ha sido eliminar completamente estas tres separaciones que se mantienen en la mayoría de las investigaciones sociales.

Creo entonces poder afirmar que la experiencia que hemos desarrollado y seguiremos desarrollando en el proyecto *Escuela Itinerante* demuestra que trabajar como lo estamos haciendo responde adecuada y simultáneamente a las urgentes necesidades de *formación humana* de quienes somos sus cogestores y de los estudiantes que tenemos a nuestro cargo.

¿CUÁL ES LA PROBLEMÁTICA DE LA EDUCACIÓN A CUYA SOLUCIÓN QUEREMOS APORTAR CON EL PROYECTO *ESCUELA ITINERANTE*?

Alejandro Sanz de Santamaría

Agosto 29, 2013

A finales del año 2006 María Lorena Gutiérrez, entonces decana de la Facultad de Administración, me solicitó insistentemente que elaborara un texto en el que dejara consignados los aprendizajes y descubrimientos más importantes que había obtenido de las investigaciones que llevaba varios años haciendo sobre educación. Gracias a esa exigencia tan amable, y al mismo tiempo tan firme -que siempre le agradeceré-, pude vencer el miedo, la angustia y la inseguridad que me producía asumir el compromiso tan complejo de escribir el texto que ella me solicitaba.

El título que le puse fue *Reflexiones sobre la **dimensión formativa** de la educación*, y el texto se publicó en uno de los números de las *Galeras de Administración* que la Facultad produce.

Para responder a la pregunta sobre cuál es la problemática a cuya solución queremos aportar con nuestro trabajo en *Escuela Itinerante*, voy a leer a continuación dos cortos apartes de ese trabajo: la parte inicial y el corolario final, en los que sintetizo lo que para mí es la deficiencia más estructural y profunda de los procesos educativos que tenemos institucionalizados.

“Todo proceso educativo tiene un doble impacto en cada educando: uno en la **dimensión formativa** y otro en la **cognoscitiva**. La primera tiene que ver esencialmente con el sentido de vida y los valores que **cada persona** va construyendo y consolidando en el transcurso de su existencia, y la segunda con los conocimientos que va adquiriendo y acumulando en los distintos campos del saber humano.

Es ampliamente reconocido que hay hoy deficiencias muy severas y generalizadas en la parte formativa de la educación; se sabe también que estas deficiencias están generando graves males sociales que es urgente atender; y es imposible desconocer que los procesos educativos que están hoy institucionalizados tienen una gran responsabilidad como generadores y reproductores de estas deficiencias.

La **corrupción** y la **violencia** que han ido invadiendo cada vez más ámbitos de la vida social son quizás las dos manifestaciones más graves y dañinas de esta falta de formación. Son dos flagelos que están inextricablemente ligados entre sí, porque la violencia es una forma extrema de corrupción y la corrupción es siempre una forma de

violencia. Pero ni la corrupción, ni la violencia, ni ninguna de las demás manifestaciones visibles de las deficiencias formativas que hay hoy son, en sí mismas, los problemas sociales que hay que resolver: son sólo *síntomas* de una problemática humana más honda, sutil e invisible que, para poder solucionarla, es inaplazable la contribución de la educación en su dimensión formativa.

Una de las formas en que las instituciones educativas han intentado subsanar estas deficiencias ha sido creando nuevos cursos en los que se imparten *conocimientos* ‘acerca de’ la ética, la moral y los valores humanos. El supuesto en que descansa esta respuesta es que quien tiene estos *conocimientos* tendrá también los *comportamientos* cotidianos correspondientes. Pero tanto mis propias experiencias personales como las investigaciones que he hecho como profesor han mostrado de manera consistente que este supuesto casi nunca se cumple porque los “conocimientos” sobre ética, moral y valores humanos generalmente no se traducen en comportamientos coherentes con esos “conocimientos”. El desafío formativo parece requerir entonces de una respuesta bastante más profunda y estructural que el sólo esfuerzo de ‘impartir conocimientos’ sobre estos temas.

Los principales resultados de mis investigaciones en esta dimensión pueden entonces formularse en cuatro hipótesis de trabajo principales que están íntimamente ligadas entre sí:

- Las deficiencias formativas de las personas **no son** la consecuencia de falta de **conocimientos**: su origen está en dimensiones humanas más profundas y sutiles, desde las cuales se configura el **modo de ser** de cada persona;
- Estas deficiencias formativas se manifiestan en rasgos personales muy concretos de la persona -el egoísmo, el orgullo, la codicia, la envidia, la ira y la competencia-, que son los rasgos dominantes de la inmensa mayoría de las personas que constituimos la sociedad actual;
- La transformación de este modo de ser sólo es posible mediante un **trabajo interno** que lleve a cada quien a **darse cuenta** -o **tomar conciencia**- de la infelicidad que estos rasgos producen, tanto en ella misma como en quienes la rodean; y,
- Los procesos educativos que están hoy institucionalizados alientan y fomentan en cada estudiante estos rasgos en lugar de buscar su **transformación**.”

El corolario que planteé al final de este mismo texto dice así:

“Cuando se atiende adecuadamente en el salón de clase la *dimensión formativa* de la educación, el estudiante obtiene siempre, por su propia cuenta, todo lo que necesita en la *dimensión cognoscitiva*. Lo hace porque él mismo *descubre* que esta es su responsabilidad para poder prestar el servicio que quiere prestar.

Pero esta misma relación *no se da* en la dirección inversa. El efecto es el contrario: cuando se atiende la dimensión cognoscitiva desatendiendo la formativa -que, a la luz de

los resultados de mis investigaciones, es lo que hemos venido haciendo-, el efecto casi ineludible es la *malformación* del estudiante como persona”.